



Escuchamos y hablamos con el Señor

10 abril

Cristo,
alegría del mundo,
resplandor de la gloria del Padre.
¡Bendita la mañana
que anuncia tu esplendor al universo!

En el día primero,
tu resurrección alegraba el corazón del Padre.
En el día primero,
vio que todas las cosas eran buenas
porque participaban de tu gloria.

La mañana celebra tu resurrección
y se alegra con claridad de Pascua.
Se levanta la tierra
como un joven discípulo en tu busca,
sabiendo que el sepulcro está vacío.

En la clara mañana,
tu sagrada luz se difunde
como una gracia nueva.
Que nosotros vivamos
como hijos de luz y no pequemos
contra la claridad de tu presencia.

Hoy, Señor Jesús, escuchamos unos testimonios de cristianos y venimos a meditar en ellos ante ti.

Al tercer día resucitó de entre los muertos

Y sí, Jesús resucitó. Esta es la parte buena de la historia, también la más importante y difícil de creer. Muchas veces nos quedamos solo en la muerte de Jesús, porque resulta más inmediata, accesible, más cercana a nosotros... pero si hubieran pensado lo mismo los primeros discípulos no estarías leyendo esto.

Loa cristianos no separamos la muerte y la resurrección, porque si lo hiciera, faltarían las patas de una mesa donde no podríamos apoyar absolutamente nada.

Los discípulos también tuvieron dificultades para entenderlo. Por eso los relatos de las apariciones en tiempo de Pascua muestran dudas, perplejidad, miedo, inseguridad, dificultad para hacerse a la idea de que estaba vivo, ahora de otro modo... porque no basta una mirada superficial, se necesita mirar desde la fe, de otro modo es imposible. Y es este modo glorioso de resucitar Jesús que nos permite acceder y relacionarnos con él generación tras generación, de lo contrario hubiera sido algo pasajero, como lo es nuestro propio cuerpo que se empequeñece con el tiempo.

Es difícil de entender, porque resucitar nos parece imposible, por eso es quizás la piedra angular de nuestra fe, porque con la resurrección de Jesús la puerta de la muerte queda abierta para todos nosotros.

La resurrección hace que lo imposible se vuelva realidad, hace que la vida florezca donde todo era muerte y vacío. La resurrección es la confirmación, por parte de Dios, en Jesús, de que la muerte no es el final, de que la "Vida" vence, de que tras nuestro tiempo viene la eternidad, tras nuestra historia, la plenitud, tras el aquí y ahora el entonces y para siempre

La promesa de nuestra resurrección es más importante de lo que nosotros creemos, y ni la política, ni la cultura, ni la filosofía, ni por supuesto todo el dinero del mundo nos puede prometer algo así.

¿Cómo sería nuestra vida si no creyéramos en la resurrección?
¿Piensas, acaso, que la vida es solo esto de aquí? ¿que no hay nada más? ¿que el único sentido de la vida es vivir hasta morir?

Muchos nos negamos a que todo esto acabe con si fuera un "juego".

Y no es por miedo, sino por confianza en una promesa, un testimonio, y una historia de la que somos parte.

(Alvaro Lobo sj)

Jesús de la Esperanza

Hace muchísimos años que ya no salgo en la Semana Santa de mi ciudad, Valladolid. No recuerdo bien cuándo fue la última vez, pero sí sé que aquella costumbre se rompió en el momento en el que empecé

a ver mi vida desde el prisma del utilitarismo y del pasármelo bien, reduciendo un acto religioso a una simple anécdota cultural.

Luego el tiempo pasa, y las circunstancias también, y uno descubre que aquellas semanas santas caminando en silencio entre las calles de una ciudad recogida pueden marcar el carácter y la fe de una persona.

Y es que en mi memoria de niño, está la cara de tantas personas que acudían a la procesión y se encontraban con el Jesús de la Esperanza, y su rostro se volvía serio e incluso se santiguaban, como quién entra en un espacio sagrado o recibe una gran noticia.

También el silencio abrumador de tanta gente rezando junta sin miedo al qué dirán o a que la intolerancia religiosa les señale con el dedo. Sobre todo, conservo la petición y el deseo de la gente que rogaba la esperanza para un familiar enfermo o para sus propias vidas, sabiendo que ya nada dependía de ellos.

Y así, entre la sobriedad castellana y la luna de primavera, entre la luz de las velas y el olor a incienso, entre el pasado y el presente y entre la imagen y la palabra se producía el diálogo entre el fiel que contempla y la escultura de un Jesús que escucha en el corazón de un pueblo, haciendo que el arte y la cultura se conviertan en una auténtica oración. No era pensar en... era estar con...

Entre los que allí salíamos en la procesión no había nadie perfecto, aunque sí había el deseo de hacer algo por Dios, por Jesús –y por otros– y de que esos días eran los más importantes del año, porque siempre se podía volver a ese momento cuando tocaba caminar cuesta arriba.

Ahora, décadas después descubro que lo que hace falta en este mundo es precisamente la Esperanza, que el utilitarismo y el pasárselo bien no valen nada cuando sabes que la realidad es más cruda de lo que parecía en un principio, y que es en este momento cuando necesitamos más que nunca que alguien comprenda nuestro dolor y nos ayude a cada uno de nosotros a caminar.

Señor ¿estoy caminando con tu ayuda o estoy encerrado en mis problemas sin esperanza?

Señor, ¿estoy atrapado solo en lo útil y en pasármelo bien?

Señor ¿estoy encerrado en mi dolor?

(Alvaro Lobo sj)

En medio de nosotros

El ambiente está cargado. La habitación huele a una mezcla pesada de lejía, gel desinfectante, sudor y agua oxigenada. En el techo una luz eléctrica –inhóspita– crea una sensación de irrealidad (podrían ser las tres de la mañana o las dos de la tarde, daría igual). En el suelo una maraña de cables cruza la sala de un lado para otro. Pese al ajeteo de médicos y enfermeros apenas se oye nada. Los sanitarios no hablan –susurran– como si presenciasen una pesadilla, como si no fuese verdad lo que están viviendo.

En aquel lugar siete personas se aferran a la vida de forma desesperada. Intubados –casi desnudos–, sedados, con gestos en el rostro de dolor y cansancio. Cada uno de ellos con un nombre y una historia. La mayoría ancianos, pero también algún joven y varios de mediana edad. Cada cierto tiempo se forma un pequeño revuelo en torno a alguna cama. Inmediatamente después, el silencio. La muerte ha ganado la partida. Aquella persona desaparece convertida en simples datos para una estadística: iniciales, edad y un par de fechas. Una vida resumida en medio renglón hecho a ordenador.

Señor, este año no hay ni flores ni velas que ofrecerte. Como tampoco habrá nazarenos, saetas, nervios, espera. Desorientados y aturridos, sin saber a dónde ir, este año te ofrecemos nuestra desesperación y nuestro dolor, nuestra frustración y nuestro cansancio. Porque sabemos que entre la vida y la muerte sólo cabe tú, Dios de sanos y enfermos.

No saldrás de tu iglesia, pero con tu cruz recorrerás todos los hospitales y todas las casas. Porque es en la cruz que abrazas –¿cómo puedes hacer eso?– donde cargas nuestra rabia y nuestro agotamiento.

Cometimos el error de preguntarte dónde te habías metido, sin darnos cuenta de que, desde siempre, estuviste en medio de nosotros. Nos equivocamos al buscarte sin saber que la búsqueda es ya un encuentro. Quizás no sepamos con certeza a donde vamos en cada momento de nuestra vida, pero sabemos, Señor Jesús, que Tú vienes con nosotros.

(Nacho Narvaez sj)

¿Reconozco que Jesús crucificado/resucitado hoy también acompaña mi/nuestro sufrimiento?

¿Me acerco hoy a la cruz de Jesús resucitado? ¿Cómo y dónde vivo esta cercanía?